

Leyendo al camarada Nikita

José
Marín
Cañas



VI

Estamos con el semáforo en rojo. Es, pues, éste, el "momento crucial". Así dicen en el régimen, y suena un poco "escalofriante".

¿Es verdad o mentira lo que recogen cronistas e historiadores, como sucedidos verídicos o como embustes de la reacción? ¿Hay alguna pista al través del dilatado y silencioso imperio, que nos permita formular, o acaso nos demuestre en tono fehaciente, sin posibilidad alguna de duda, con hechos tangibles al alcance de nuestros detectores sensoriales, que lo "afirmado", o lo apenas escrito, o aún, más volandero, "lo que se dice", responde a una verdad escueta, totémica, irreversible?

Si. Esta respuesta, constreñida a una afirmación seca y monolítica, es lo que le da al punto su calidad de "momento crucial". Que así también lo llaman los comunistas, y es por ello, quizás, que suene tan "un poco escalofriantemente". Y no sólo es una, que ya sería mucho, sino que existen dos. Dos hechos comprobados igual a como se ubica una calcificación o se localiza a un aminoácido, dentro o fuera del tubo de ensayo. El primero, porque fue el primero que no ocurrió dentro de los muros del silencio, que sirven de frontera a los puntos cardinales de la vasta fábrica socialista-leninista-marxista, si no que, además de ser el primero, lo fue también en sus secuencias bárbaras: en la delación y el horror de su intriga, trama y planeamiento, de tan repugnante engendro, que aún los Borgia no hubiesen evitado la náusea "sátrica", de habérselos propuesto el más florentino malvado de la época, aunque se tratara de un loco, blasfemo y apóstata huído de Santa María del Fiore.

La elocuencia de este hecho estriba en el escenario. Fue una tragedia de signo griego y de modales renacentistas, pero venida a cuajar a los propios pies del Ixtlaccuati canoso, tal un nuevo estilita. El mero regazo de la América, que piensa en cristiano y vive con pasión o dormida, no conocía —conociendo la salvajada y la brutalidad,— el satánico rufianismo político que la saña alcanzó contra el eremita de Coyoacán. La cobardía y la traición, el engaño y el "piolet", elevados a las categorías de armas y razones de Estado. Miles de miles de ojos vieron aquéllo, como una insólita realidad cósmica. Parecía, más creíble, tal una lucha de saurios cuadrúpedos en la era paleolítica. El viejo de gafas, tembeque ya, dió con la cabeza contra el escrito falso que leía. Así terminó Leiba Bronstein, al que llamaban en familia, y al calor del hogar, Lev Dadidovich, y que empujó por los caminos del pensamiento y de la guerra el rayo de su hiriente nombre: "Trotsky".

El segundo, lo cuenta quien fuera el más alto jefe del Politburó, que aniquiló a Beria, como Beria había aniquilado a Trotsky.

La vida soviética es una carrera de relevos, llamada y continua hacia la Muerte.

No se sabe si este preámbulo aclara u oscurece el panorama. Concretemos la situación, como hacía desde siglos la gente marinera, por cordenadas, sextantes y mirando las estrellas, que siempre pudieron decir, para pasmo del que esto escribe, si faltaba mucho o estábamos llegando.

La ignorancia es la madre nu-

tricia de todas las maravillas.

El que hablará ahora es el ucraniano en persona, Nikita Kruschef. Todo lo anterior, ha salido de recuerdos, viejas lecturas, bibliografía copiosa, referencias, conversadas largas; echamos de vez en cuando, una ojeada al libro de Kruschef, pero no en serio. Estábamos, más bien enfrascados en autores y títulos varios y disímiles, y en la jerigonza, anduvieron también nombres, de tragedias tangenciales a la matricia, de la que chorrea ahora por América su flujo con olor de pudre y aspecto de carroña.

¿Quién es Kruschef? Por lo pronto, parece que así se llama. Y decimos ésto, porque en Rusia uno no se llama como se llama, sino como lo llaman. A Vladimir Ilich Ulianov, le decían Lenin; a José Visarionovich Chugachvili, Stalin; José Broz, resultó en España, Tito. Evno Fichelevich, de izquierda historia, era Azev. De como se llamaban en realidad Dzerjinski y el pianista tísico, que como su pariente, el jefe de la Cheka, era polaco, no es posible hablar. Victor Serge, uno de los comentaristas de esta larga historia se llamaba, como ya se ha dicho, Kibalchic. El cambio de nombres resultaría imposible de pormenorizar, sin riesgo de que se nos termine el tiempo y el papel.

Someramente, a velocidad supersonica, concretaremos la vida del primer jefe del Gobierno Soviético, tras del fusilamiento de Beria y del suspiro en el poder de Malenkov.

Nació en el 94, y en Abril, que es Primavera. En el 15, de este siglo, ya es obrero de una fábrica de Pasukov. En el año 18, entra al Partido. En el 19, Trotsky lo condecora, aunque no se especifica por qué. Se incorpora al Ejército Rojo y lucha contra Koltchack.

En el 21, queda viudo, por hambre, de su primera mujer. Gallina, que le deja dos hijos. En el 24, se casa con la actual, Nina Petrovna. En el 25, como delegado asiste al XIV Congreso del Partido. En el 29 comienza a estudiar, en Moscú, en la Academia Industrial. Durante el 31 sube a secretario de un sector del Partido en Moscú. Durante el 38 alcanza su primer gran paso: Miembro suplente del Politburó. (Hasta este momento, no lo han fusilado, lo cual es altamente venturoso). En el ... 39, el espaldarazo: miembro del Politburó 1940: La Segunda Guerra Mundial. Se le encarga la defensa de Ucrania y más tarde se le destina al Estado Mayor, en Stalingrado. En el 43, teniente general. En el 45, Secretario del Partido Ucraniano. En el 49, secretario del Comité Central. En el 52, miembro del Presidium. Durante 54 y 55, viaja políticamente. En el 56, la bomba: ¡Condena la obra de Stalin! En el 58, es jefe del Gobierno. En octubre del 64, lo destituyen. En los años de gobierno ha afrontado: viaje a los Estados Unidos, visita a Naciones Unidas, con todo y el par de zapatos, del que se le extravía uno. Soborta la crisis cubana, la retirada de los cohetes y el enfrentamiento con la China de Mao.

Ese hombre, suscitando desconfianza a base de fechas es quien hablara ahora, cuando apenas comenzado dice: "¿Cuánto de genio tenía Stalin? ¿De cuánta sangre derramada en nuestro país fue responsable?" El mismo se contesta de seguido: "Los velos que cubrían las respuestas a estas y otras preguntas serán rasgados". "Lo que afirmo, no son chismes maliciosos ni calumnias. Hablo como un hombre que ha pasado toda su vida en íntimo contacto con el pueblo soviético". Hasta aquí su voz es serena y trata de autorretratar su actitud. En el curso de la lectura, escuchamos aquí y allá, pequeños detalles, para dar una idea— solamente una idea— del denso contexto, cuya malla continúa siendo la lista rígida de inexorables asesinatos, liquidaciones y "masacres". "El cálculo del número de miembros del Partido arrestados, se acerca al

millón". "Hubo tres procesos espectaculares, 36-37-38, en los que las víctimas más importantes, fueron antiguos partidarios de Lenin".

El comentarista aclara un poco la vaguedad del aserto: Se refiere al comienzo de lo que se llamó "La gran purga", que como de su nombre se desprende, ocupa el primer puesto en importancia, número de víctimas, amplitud del espectro (al igual que los antibióticos) y calidad de los fusilados. Fue la "fiesta mayor". ¡Un orgullo para la familia! ¡La aristocracia de la muerte!

Caminaron hacia el patíbulo, Zinoviev, Kamenev, Bakaiev, Evdokimov y demás amigos de Lenin.

En el "proceso de los 21", les tocó el turno a Rykov, Bujaron, Rakovski, Yagoda, Chernov, Rosenholt, etc. Al finalizar, en el 39, la guerra civil española fusilaron a los generales que pelearon en ella. En los comienzos de la 2a. Mundial, el desfile hacia el patíbulo fue de los altos mandos rusos que no habían podido detener a la "wer-mach". Paremos el pensar un instante: Yagoda ha sido fusilado. Su último suspiro, tras una vida de infamias y servilismo al déspota, fue para la hija de Tchermoiev, princesa osetes rusicada, circasiana y bella como un vaporoso fantasma de una novela de Gorki. La muerte se llevó al Mariscal, como al amigo; al perro fiel como al implacable adversario. Parecía que se había desatado un huracán de demencia sobre campos y ciudades, alquerías y dachas, calles y caminos, con el país aterido de pánico y frío. Y hasta la puerta del enloquecido amo, llegó a tocar con sus nudillos la muerte. La humilde Nadejda Alilueva, esposa del dictador, ingirió una píocima, que habría sido, de habérsela dejado preparar, una joya científica de toxicología del más fino virtuosismo de Yagoda, especialista en venenos eficaces de la Corte y exmariscal ya cadáver de la Ilustre y Tradicional Gendarmería Soviética.

(Continuará)